

MESA 1: MAESTROS DEL PENSAR (ÚBEDA, VIERNES, 10 DE SEPTIEMBRE DE 2021)

PENÚLTIMA LECCIÓN

Francisco J. Fernández

(AAFI, Jaén)

Quando José Biedma me propuso armar una mesa redonda para el XIII Congreso de la Asociación andaluza de filosofía (AAFI) bajo el epígrafe *Maestros del pensar*, pensé inmediatamente en aquellos maestros que en mi caso lo habían sido: Víctor Gómez Pin y Javier Echeverría. A ambos los conocí en los años ochenta en la Facultad de filosofía de Zorroaga de la Universidad del País Vasco, en San Sebastián. Con el tiempo, Echeverría se convertiría en mi director de tesis y Gómez Pin orientaría buena parte de mis posiciones filosóficas. Se daba la circunstancia, además, de que entre ellos, con independencia de otros asuntos propios, había habido (hay) una colaboración conceptual constante mantenida a lo largo de los años. En efecto, si no recuerdo mal, cuando Gómez Pin publica su *Ciencia de la lógica y lógica del sueño* (Taurus, 1978) incluye un pequeño capítulo de Echeverría sobre Roman Jakobson, cosa que vuelve a ocurrir en su *Conocer Descartes y su obra* (Doposa, 1979), con un apéndice sobre la geometría analítica de este. Es más, el no por olvidado pero no menos importante *Limites de la conciencia y del matema* (Taurus, 1983) era firmado conjuntamente, lo que revela máxima afinidad. No sería difícil encontrar pruebas de un diálogo entre ellos a partir de reseñas con las que se han ido publicitando; por ejemplo, la que dedicó Gómez Pin en la revista *Isegoría* (n.º 36, 2007) a la monumental *Ciencia del bien y del mal* de Echeverría (Herder, 2007). Los ejemplos podrían multiplicarse. Este diálogo filosófico, empero, va más allá de consideraciones de amistad, pues sus posturas no pueden ser más distintas y hasta cabe defender que se oponen. Con unos

cuantos ejemplos se verá a qué me refiero, dado que las referencias tienen algo de diagonal: Echeverría publica *Sobre el juego* en 1980 (Taurus), Gómez Pin se toma su tiempo y contesta con *Proust. El ocio y el mal* (Montesinos, 1985), pero es que en 1977 Gómez Pin había publicado *Exploración de la alteridad* (La Gaya Ciencia), tomándose ahora su tiempo Echeverría para contestar con su *Análisis de la identidad* (Granica, 1987). Este toma y daca de sobreentendidos podría ser rastreado en otros lugares. Señalo solo algunas claves para facilitar la búsqueda: Gómez Pin entiende la filosofía de manera sustantiva, Echeverría, adjetiva; políticamente, uno es más bien comunista, el otro más bien anarquista; uno está por los conceptos, el otro por los signos; la contradicción es para uno clave hegeliana, para el otro la imposibilidad leibniziana; hasta desde un punto de vista taurino hay oposiciones a la hora de jugar con los toros: uno defiende el toreo a pie, el otro se decanta por correr los encierros.

Estos indicios, pues quizá solo sean indicios, fueron para mí extremadamente interesantes y diría que no he acabado de salir de las alternativas que mis maestros, sin saberlo, me fueron proponiendo. De hecho, definiendo que la relación maestro-discípulo no es simétrica: el maestro solo puede generar secuaces. De ahí que la interprete como discípulo-maestro, es decir, es el discípulo quien crea al maestro, le guste a este o no, siendo eso lo de menos.

Ahora bien, para que una mesa (incluso redonda) tenga estabilidad necesita al menos de tres puntos de apoyo. En efecto, Concha Roldán participó en la mesa aportando una imprescindible tangencia. La conozco desde hace tanto tiempo (quizá desde 1993) que sabía que impediría que la corrida acabara en un mano a mano. Además, fue un referente para mí cuando una tesis sobre Leibniz empezó a rondarme. El problema era cómo dotar entonces de cierta unidad a las intervenciones, pues parecía pobre argumento la constitución de mi propia subjetividad filosófica. Propuse, como moderador, algunas soluciones: la primera, que cada uno insistiera

en sus propios maestros; la segunda, que encontraran un elemento común que hubiera hecho esa misma función. Evidentemente, estaba pensando en Leibniz, autor sobre el que los tres han reflexionado muy mucho. En este sentido, Roldán, por ejemplo, publicó hace unos pocos años una monografía titulada *Leibniz: en el mejor de los mundos posibles* (Bonalletra Alcompás, 2015). Pero es que pensé asimismo en Ortega y Gasset, aprovechando la reciente edición ampliada que Echeverría ha hecho de *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (CSIC, 2021), con estudio introductorio por cierto de Concha Roldán y que el propio Gómez Pin ha tenido a bien reseñar (cf. "El reto mayor de Ortega", EL PAIS, 2 de abril del 2021). Estas fueron, en efecto, algunas de las soluciones y de alguna manera (de aquella manera, corrijo) comparecieron en las distintas intervenciones de los ponentes.

Ahora bien, el hombre propone y Dios dispone, de tal forma que cuando tuve conocimiento de los títulos de sus ponencias no pude menos que sonreírme. Pero me lo tenía merecido: ¿a cuento de qué le tengo que decir yo a nadie cómo debe torear? Echeverría la tituló *Momentos filosóficos magistrales*, lo que significaba que desobjetivizaba la categoría de maestro en favor de la de momento magistral; Gómez Pin, por su parte, *Maestros ibéricos: intolerancia propia y prejuicio ajeno*, lo que significaba que a su juicio el devenir del pensamiento en lengua castellana había carecido, por diferentes razones, de tal estímulo; Roldán, *La falta de filósofos en el canon académico*, lo que significaba, y ya van tres, que la mesa redonda estaba coja de inicio por cierto sesgo.

Naturalmente, no pude sino reconocer públicamente mi fracaso a la hora de orientar la faena, dejando al menos constancia de que me había dado cuenta de ello, magro consuelo. En cierto sentido, nada más lógico por otra parte: los maestros son maestros y en consecuencia al discípulo no le cabe sino aprender de ellos. En efecto, me habían dado unas penúltimas lecciones utilísimas y significativas. Aquí las ofrecemos a continuación.